

Fuente: Agustín de La Hoz

Desde Teseguite hasta El Mojón hay poco tramo de camino. El Mojón es muy blanco y diseminado como Teseguite, pero más chico y con mucha brujería. De sus doscientos habitantes, el que más o el que menos sabe hacer el «santiguado»¹. El mal de ojo y el bostezo se curan en El Mojón como en la ermita de San Sebastián los pecados cotidianos.

La gente de El Mojón es harto exótica y conserva usos y costumbres que asombran por su peregrinaje. Podemos afirmar que es gente en continua lucha contra el demonio, al que combaten a base de agua bendita y amuletos de todas las clases. Sin ir más lejos, hace poco vi una finca rectangular dedicada a cereales, con tiras rojas en cada uno de sus vértices para que no le hicieran «mal» a la cosecha. Estas creencias son dogma de fe en El Mojón, y a ellas se aferran con inusitada vehemencia.

El caserío de El Mojón parece desierto, como si sus doscientos vecinos se hubieran extinguido en un proceso súbito, porque no se les ve aún en pleno día. Antoja ser un pueblo de casas abandonadas, sin dueños, pero que se conservan como embalsamadas, con sus cales frescas y sus flores lozanas. En El Mojón el silencio abruma y la luz solar aplasta. Tiene uno que descubrir los amables rincones para encontrar gente, una gente acaso demasiado feliz y consciente de su destino. No son estoicos, no, porque luchan por sobrevivir y se encaran con la tierra sedienta. Sus caras parecen las mismas en la alegría como en la tristeza, y su trajín se interrumpe igual por un bautizo que por un entierro. No son nada curiosos, pero gustan de pasar las tardes a la puerta de sus casitas en franca parla.

Les gusta mucho el pescado salado y se pirran por las batatas. El hombre es enjuto, más bien alto, con mucho nervio y, a la vez, de aparente somnolencia. La mujer es menuda y vive forrada de negro, con la excepción de su pañuelo amarillo y su sombrero de paja. La mujer de El Mojón fuera bella si no hiciera muecas leporinas con la boca, porque es blanca como la leche y tiene la piel de nata:

*«Cubriendo va el sobretodo
las facciones de tu cara;
tan sólo se ven tus ojos
bajo el sombrero de
palma...»*

Pasando uno por el barranco del Maramajo comprueba que es un error muy grande la general creencia, sobre todo fuera de la isla, respecto a las lluvias en Lanzarote: toda el agua se pierde, porque se encamina hacia el mar por estos barrancos que son verdaderos canales, los más de lecho basáltico que no dejan filtrar en la tierra ni una gota. Cuando la lluvia cae en buena gavia sus efectos son inapreciables, máxime si también los enarenados beben lo suyo. Después todo depende del cuidado y esmero con que el campesino trate a la tierra que, de este modo, no regatea una buena cosecha anual, y a veces dos.

Pero lo que siempre ha caracterizado a El Mojón son sus cerámicas, que han constituido la tradición típica del país, aunque se esté perdiendo aquella admirable gama que iba desde el afiligranado porrón hasta la milana para componer cabritos. Y es que ya nadie en El Mojón quiere ser alfarero, alegando que es misterio de poca renta. ¡Hasta los alfareros padecen el mal moderno, acaso más duro que las plagas de Egipto! ¿Dónde están los talleres alfareros de El Mojón? Nadie lo sabe, y así ha desaparecido la técnica de la inserción de los pitorros, asas, aletas y la variedad curiosa de las tapaderas. Nadie es capaz de contarnos nada de la coloración y del bruñido en ánforas y demás objetos de barro. Fue el trabajo de la cerámica el más tradicional y, a la vez, el más antiguo, porque su iniciación se remonta a los primitivos pobladores de Lanzarote, acaso llegados del África blanca², portadores de una antigua cultura que se aisló por causas aún ignoradas y que en su aislamiento se barbarizó³. Era, pues, El Mojón depositario de esta tradición insular⁴ cuya alfarería se realizaba según los viejos cánones de la vida aborigen.

Las costumbres de El Mojón son ancestrales y perduran por verdadero afán de los componentes de este pueblo pintoresco. Es el detenido temblor de una vida lejana, la presencia casi milagrosa de unas horas que parecen llegar del otro mundo y, sobre todo, escenario de vieja conseja. No es igual a otros pueblos éste de El Mojón, cuyos habitantes parecen sombras clavadas en los huecos de las puertas, y que se reúnen para cuajar leche y hacer queso. El queso de El Mojón es

famoso, porque se cura enterrado en roja arcilla, la misma que servía hasta no hace mucho para hacer porrones. Los quesos así embadurnados adquieren una corteza sólida, que lo inmuniza mucho mejor que su corteza natural. Este queso es picón, pero graso y gustoso, porque nada pierde con su peculiar forro de tierra, debajo la cual permanece los días precisos para su «curación». En muchos otros lugares han intentado emular las artes de El Mojón para la cura del queso, pero han fracasado porque cuando descendió Jesús a la tierra, aterido por el frío del invierno, solamente El Mojón supo reservarle queso, en tal cantidad, que Dios les rogó lo enterraran en arcilla para que no se pudriera. Así nació en El Mojón esa milagrosa técnica que hace más sabroso, sin disputa, el famoso queso lanza-rotoño.

Quizá sean los de El Mojón los individuos que mejor llevan el humorismo consigo, sin que sean tildados de tomar la vida a guasa. El parroquiano de El Mojón no tiene guasa, ni tiempo para la guasa, y menos para andar con chistes en la boca. Sí tiene un indisputable humor, que no es lo mismo, sin exigir de nadie unas comprensivas carcajadas, o caso parecido, cual es la risotada grosera. No, el hombre de El Mojón afronta y contempla su vida con seriedad, y afronta y contempla la vida con igual proporción, porque desdeña la comicidad, la sátira y el payasismo. Nunca he visto una sonrisa más pura ni más grave que la de los hombres y mujeres de El Mojón, a pesar de que estas últimas tengan, a veces, el rictus leporino. Figurémonos las caras solemnes de esta gente cuando, después de sobada la masa, hacen figuras de pan para colocarlas debajo de los colchones cameros, al objeto de lograr mejor esponjamiento de la masa. Si en lugar de sonreir, casi invisiblemente, la gente de El Mojón hiciera acto de desacuerdo con esta rara industria panadera, de seguro provocaría grandes carcajadas. Pero no tiene ningún desacuerdo, y por eso se figura que tales simplezas le son consustantivas desde el claustro materno, naturales funciones imposibles de dejar a trasmano. ¿Habrá más seriedad y más humor en estas exóticas ceremonias de la esponjación del pan?

Párrafo aparte merece el curioso edificio de la ermita de San Sebastián, con su barbacana y sendero de rústico calvario. Es realmente admirable que a lo largo de este sendero no crezca sino una hierba delicada y olorosa, mientras alrededor existen matojos y hierbajos. La gente de El Mojón asegura que esas finísimas hierbas son huellas de los ángeles bajados del cielo para aliviar las heridas del Jefe de la guardia de Diocleciano, que en el valioso cuadro de la ermita está padeciendo martirio. Al parecer, por tan sublime causa, no crece la maleza en el «camino de San Sebastián» en este bendito pueblo de El Mojón:

*«Flecha que de tu cuerda silbadora
partió, no se clavó, que así no acaba.
En el aire no más quedó temblando,
y ahora se te vuelve y se te clava...».*

Acaso sean las flechas del cuerpo de San Sebastián las que, después de estar hundidas en la carne del soldado romano, se vuelvan ahora para clavar en carne acostumbrada a la superstición, redimiéndola así para la verdadera felicidad de otra mejor vida, sin las influencias del diablo dominador. La majestuosa belleza de estas llanuras, donde El Mojón se alza como copo de nieve, acabará alejando de sí la superchería del bostezo y del mal de ojo. Entonces, desaparecido el «santiguado», la fe y la esperanza serán las grandezas más hermosas de El Mojón.

NOTAS AL CAPÍTULO

1. En la vecina costa africana hemos asistido a «santiguados» parecidos.
En las vísperas de la Navidad de 1959, fue detenido José Roja Medina (a) El Brujo, nieto de la célebre María Salomé, y que en El Mojón explotaba la buena fe de aquella gente humilde.
2. Es la creencia general.
3. Sebastián Jiménez Sánchez cree que las Canarias fueron la parte terminal de esa antiquísima cultura.
4. En otras islas hay pueblecitos como Atalaya y Candelaria que conservan sus talleres de cerámicas.